



RUTA DE PESCA

EL ejercicio de la pesca con caña, de valoraciones deportivas muy estimables, apasiona a muchas gentes en esta época del átomo y de la prisa. Desde luego, tiene un antiguo carácter eminentemente popular; pero, sin embargo, si se observa un censo de pescadores, se ve incluidos en él, en un buen porcentaje, al médico, al abogado, al ingeniero, al funcionario, al artista, al torero y aún al hombre de negocios, al político y a Jefes de Estado. La tentación de sacar del seno del agua un pez prendido en el anzuelo es irresistible; no respeta posición ni clase sociales. Así se comprende que, si en 1941 se expedían en Madrid y su provincia escasamente un par de millares de licencias de pesca, en la actualidad sobrepasan las seis mil.

Y hay personas escépticas, amantes del asfalto y de la cafetería, que preguntan con voz irónica:

—¿Pero dónde van a pescar tantos caballeros de la caña?

¡Ah!, si no muy importante por su caudal, sí es muy numerosa la red fluvial de la provincia, siendo los cursos de agua más interesantes a este fin halieútico, en primer lugar, el Tajo; después, el Lozoya, el Jarama, el Henares, el Tajuña, algunos kilómetros del Alberche, el Manzanares, el Guadarrama, el



Un puesto formidable para los pescadores es la fábrica de harinas en Aranjuez, lugar propicio para la sorpresa.

Cofio y el Parra. Hay otros ríos menores o arroyos que su interés es sólo temporal.

Con respecto a la población piscícola puede decirse es completa y suficiente para satisfacer al pescador más exigente. Tenemos la exquisita trucha, bravía y noble; el lucio, reposado y voraz; el barbo, robusto y luchador; la carpa, recelosa, astuta, que adopta un aire filosófico al tomar el cebo; la boga, humilde y delicada cuando pica; el cacho, decidido, desvergonzado, un poco golfillo, y la anguila, escurridiza, de larga vitalidad, aureolada de misteriosa leyenda nupcial.

La pesca de cada una de estas especies requiere su técnica, su época, su momento y su cebo; lo que constituye una ciencia, un arte y un deporte.

Pero si este ejercicio está prestigiado por tan diversos valores, no sólo deportivos y morales, sino también científicos, lo está en grado sumo a la vez por un sentido turístico, en su más pura acepción y de manera extraordinaria. El pescador es un viajero incansable por comarcas, valles y riberas e insaciable admirador de los paisajes fluviales más variados y bellos. Porque el paisaje fluvial atesora las mayores sutilidades de luces y colores, en un continuo contraste estético. Un paisaje sin una corriente de agua, sin un río, es como un cuerpo sin alma. Por eso, el pescador moderno se evade de lo cotidiano —rutina y angustia— y busca en el campo al poeta, y así, en el temblequeo del flotador, encuentra siempre el verso de la ilusión y de la esperanza.

El Tajo

Río que, desde su nacimiento en los Montes Universales, donde parece resonar el encanto imponen-

Hermoso ejemplar de lucio, pescado por el señor Ortiz en aguas del Tajo, con un peso de 12 kilogramos.



te de los grandes avatares que fraguaron el génesis, está lleno de historia y tradición y sus aguas traen evocaciones de Carlos V; cuna donde nació el esplendor de las Navas de Tolosa; río que forjó grandes capitanes, aventureros y conquistadores, y que al asomarse al Atlántico por Portugal marca los rumbos de América...

Con sus 825 kilómetros de recorrido es uno de los más largos de España. Las enormes cavernas que, revestidas de tova, muestran, hacia el nacimiento de sus afluentes, la anchura del caudal por donde corría en otras edades y los enormes tajos o acantilados por donde se ha abierto paso, como titán mitológico, son atributos que le dan personalidad única y que caracterizan su mismo nombre, y, además —como dice el profesor Hernández Pacheco— muestran bien a las claras el inmenso caudal de que en otros tiempos se hallaba dotado.

Entra en la provincia de Madrid por el Suroeste, por la llanura del partido de Chinchón, surcando tierras de labor, de pan llevar, de viñedo. Viene de Guadalajara, serenamente, con majestad, dominados sus ímpetus de gran río por la presa de Bolarque; pasa por bajo de Estremera, iniciándose una curva cóncava, festoneada de meandros, que respuntea los límites con Toledo y que se va acentuando en arco al llegar a Fuentidueña, a Villamanrique, a Aldehuela, a Aranjuez, desde donde marca sus rumbos toledanos. Paisaje de luces diáfanas, de perfiles lineales, en amplios verdes jugosos.

La población piscícola de estas aguas la constituyen: el barbo, la carpa royal, la carpa común, el carpín, la boga, el cacho y la anguila.

Estremera, Fuentidueña y Villamanrique son rutas de pesca que gozan desde antiguo de preferencias determinadas de la afición madrileña, independientemente de Aranjuez, al que dedicaré mención especial por ser el punto o centro más importante para la práctica de la pesca por la gran masa de pescadores de la provincia.

La ruta de Estremera dista unos 70 kilómetros. Llegando a Perales de Tajuña por la izquierda, se sigue a Carabaña, desde donde una carretera comarcal lleva al río.

La de Fuentidueña dista 82 kilómetros, siguiendo la carretera general a Valencia.

La de Villamanrique es muy interesante. Antes de llegar a Arganda, a la derecha, se sigue la carretera a Chinchón y puede hacerse punto de ruta en el puente sobre el Tajo, antes de llegar a Villarrubia de Santiago, lugar estratégico. También desde Chinchón puede seguirse a Colmenar de Oreja y Villamanrique, desde donde se pueden alcanzar puestos de gran interés, antes y después del pueblo, sobre todo el llamado «La Barca».

Desde Estremera, río abajo, a lo largo de estas rutas indicadas, hasta las proximidades de Aranjuez, hay buenos puestos para lances a fondo, al tendido y al andar. Las mejores épocas son primavera y finales de otoño, en cuyo tiempo, empleando pepita de melón o patata cocida, se hacen buenas pesquerías de barbos muy hermosos que dan mucha deportividad.

La ruta de Aranjuez

En otoño, cuando se visten de oro los árboles que dan intimidad y abrigo a las orillas de los ríos y se hace tierno y jugoso el verde de los berros, de las verónicas, de la chara y los ranúnculos deslían su exuberancia como echarpes, el pescador de Madrid empieza a cambiar las rutas de pesca. Deja aquellas de las partes altas del Norte, donde los peces se retraen al iniciarse un descenso de temperatura en las aguas, y busca las rutas del Sur, de clima más templado, benigno. Pero ya en diciembre, cuando el invierno torna los días cortos, a veces grises, tristes, a veces luminosos en la brevedad de las horas del sol, el pescador prefiere Aranjuez, el de los huertos aromados de frutos y el de las flo-



El "Pacho", el pescador más viejo de la provincia —ochenta y siete años y setenta y cinco de vida activa de río— recibe el obsequio que le ofrecen en un simpático acto los pescadores de Aranjuez y Madrid.

restas reales, donde anidan los ruiseñores y los faisanes. En Aranjuez, el Tajo es pausado, denso y profundo; tiene un antiguo prestigio de gran solera piscícola, donde la abundancia de peces puso siempre admiración en los aficionados. En sus orillas se asegura nació una técnica de pesca: la pesca a la ova.

Su corta distancia de Madrid —escasamente 50 kilómetros— y la facilidad de comunicación en ferrocarril convierten Aranjuez en uno de los pescaderos más interesante de toda la provincia, sobre todo en invierno, por ser la temperatura más acogedora y templada. Observar las salidas, en domingo y días festivos, de los trenes mañaneros por la estación del Mediodía, es sorprendente: cientos de pescadores con sus cañas, chisteras y morrales acuden, joviales y optimistas, a tomar los primeros trenes que les llevan a las orillas del Tajo.

Aranjuez es siempre una promesa, una ilusión para la gran masa de pescadores madrileños. El Puente del Ferrocarril, la Presa de Mejía, la Química, la Estacada y más abajo las Juntas, desembocadura del Jarama; aguas arriba, el Embrocador; Oreja, con su histórico castillo y, a poco, Aldehuela, con su fábrica de harinas y aprovechamiento hidroeléctrico. Puestos todos de gran solera, tanto en una como en otra orilla.

Según la época, el pescador prepara sus cebos: pueden ser las lombrices de tierra, el gusano blanco, el gusano verde, la cola de cangrejo mollar, la patata y el trigo cocidos, la masilla. Así se pescan barbos, carpas, gallegos, bogas, anguilas y cuando el río baja sereno, *con su color*, la ova hace maravillas. La ova son esas hierbas de un verde tierno, brillante, sedoso, que nacen en las caídas de las presas y que el agua arrastra, y entre cuyos finos filamentos germinan las asombrosas vidas que constituyen el plactón, por el que los barbos son voraces. La pesca con ova es emocionante, deportiva, y el pescador debe poner inteligencia, perspicacia, habilidad.

En estas aguas está aclimatado el lucio, para cuya pesca se emplea el pez vivo y la cucharilla, un cebo artificial de revolución muy tentador.

Existe en Aranjuez la Asociación Deportiva de Pescadores, que cuenta con más de 250 asociados, entre los que hay muchos y muy buenos aficionados, organizándose concursos en los que participan gran número de pescadores de Madrid y otros

puntos, siendo los más importantes los celebrados en las fiestas de San Isidro y en las tradicionales de Aranjuez en septiembre, que patrocina aquel Ayuntamiento.

El pasado año tuvo lugar un acto, que no quiero dejar en silencio por lo cordial y simpáticamente humano. Fué un homenaje de cariño al pescador más viejo, Vicente Roque Palomares, «el Pacho», auténtico Patriarca de la Pesca, que contaba ochenta y siete años y más de setenta y cinco de pescador, retirado ya hacía poco de las actividades del río; pero que se dedicaba a facilitar anzuelos, veletas y otros utensilios, así como cebos de río —camarón, gusano verde, ova, etc.— a los pescadores, tanto de Aranjuez como a los que iban allí a pescar. «El Pacho» era una institución con su puestecito móvil, breve y pintoresco, que establecía todas las mañanas en la estación del ferrocarril a la llegada de los trenes. ¡Oírle contar su vida azarosa, inquieta, junto al río, era una pura alegría anecdótica! Su muerte ha sido muy sentida por toda la afición. Descanse en paz el viejo pescador.

El Servicio Nacional de Pesca Fluvial y Caza tiene establecido en el mismo término de Aranjuez un Coto Fluvial de Pesca Deportiva, concediéndose permisos mediante el abono de cinco pesetas por día y pescador a los residentes en Aranjuez y pertenecientes a aquella Asociación y diez pesetas a los no residentes. El número de permisos por término medio mensual es de unos 500 a 600.

En los Reales Jardines, en los Estanques de los Chinescos, dicho Servicio tiene instalada una Estación de Hidrobiología Aplicada y Piscifactoría, fundada y dirigida por el Ingeniero de Montes D. Enrique Gutiérrez Calderón, una de las máximas autoridades de España en estas materias, habiéndose aclimatado con altas valoraciones nuevas especies, con las que se han repoblado diversos cursos de agua continentales. Estas especies son el lucio—pez importado de Francia, sobre cuya voracidad se habló y se sigue hablando—, el black-bass, de origen norteamericano, y la carpa royal, de Europa Central, producto de cruces entre carpas de diversas especies.

Esta Piscifactoría cumple una misión muy interesante y eficaz a efectos de repoblaciones, con carpa royal, sobre todo, compensando en parte la disminución de especies a causa de los vertimientos industriales.

JOAQUÍN AROCA





EN este peregrinar sentimental de nuestra ruta por los alrededores de Madrid; en este ir y venir de la que fué antigua Corte de las Españas a los pueblos tan pintorescos, interesantes como históricos de su provincia, hemos llegado hoy, tras catorce kilómetros de camino, a Boadilla del Monte, con esa artística curiosidad que nos empuja a recrearnos con el paisaje y los edificios notables que enriquecen la arquitectura de pueblos y villas cercanos a la capital. Boadilla del Monte nos seduce y atrae por el encanto de su palacio, el palacio del infante don Luis de Borbón, hijo de Felipe V y de Isabel de Farnesio y hermano del gran Carlos III. Aquí en este palacio del más puro estilo neoclásico que trazara el genio arquitectónico del gran Ventura Rodríguez, hay escritas muchas páginas de la historia de España, de aque-

lla España conmovida y azotada por un vendaval de pasiones y rencillas, de angustiosas luchas espirituales y políticas.

Merece en verdad la pena este grandioso palacio de ser visitado con el detenimiento y atención que exige una obra de arte de tan de hecho relacionada con la historia de nuestra patria en un período pestrimero de beneficiosa influencia en el mejoramiento, belleza y monumentalidad de un Madrid de Carlos III, monarca que tanta influencia habrá de ejercer en la vida de sus hermanos y sobrinos. Mas antes de adentrarnos en la historia de una familia tan ligada al bello palacio de Boadilla, en realidad el único edificio notable del pueblo —ni la iglesia parroquial de San Cristóbal, ni el convento e iglesia de religiosas carmelitas descalzas de la Encarnación encierran interés alguno—, habremos de comentar el hallazgo que en su día se llevó a efecto en las cercanías del paraje denominado de Nuestra Señora de Barcelona, de buen número de sepulturas que la voz popular señaló como de moros y así no es de extrañar que fueran descubiertos también cimientos de argamasa, posiblemente atribuidos a restos de una mezquita árabe. Uno y otro descubrimiento se complementan y acaso testifican la habitabilidad en aquellos terrenos de primitivos elementos murzárabes, asentados antiguamente en nuestro solar. En la ermita de San Babilés se halla sepultado el cuerpo

del santo, el cual se dice sufrió martirio de los descreídos musulmanes.

Boadilla es pueblo muy antiguo, aldea que fué de la villa de Madrid en el reino de Toledo. ¿Cómo dudar de sus orígenes árabes? Topográficamente dista tres leguas de Madrid, doce de Toledo y treinta de Valladolid. Situada Boadilla del Monte entre Villaviciosa y Pozuelo de Aravaca, dista de Navalcarnero dieciocho kilómetros.

La vista del palacio en su parte externa es atrayente en extremo por la sencillez y elegancia de sus líneas, por la belleza escueta, sin excesivos adornos, sin barroquismo alguno, como procede en un estilo del más puro neoclasicismo.

Nada mejor para reflejar de una manera exacta y documentada las características arquitectónicas del edificio que acudir a lo ya escrito por pluma tan autorizada como la del profesor Pita de Andrade:

«La obra produce una sensación de maduro equilibrio. La idea de horizontalidad se logra, no sólo gracias a las dimensiones reales de la construcción, sino al efecto óptico, que se procura subrayando las líneas de la planta baja y de la planta noble, como si el edificio tuviera dos pisos en lugar de cuatro. Las fachadas apenas tienen relieve, pero se rehuye el cansancio que pudiera provocar su uniformidad disponiendo a trechos como grandes zócalos almohadillados que ocupan las dos plantas inferiores; sobre ellos se alzan una serie de pilastras que franquean las ventanas de los pisos superiores y que concluyen en un entablamento dórico. Como remates, coronando el palacio, se ven jarrones y escudos, típicos motivos decorativos neoclásicos. En los tejados y hacia los extremos destacan dos cuerpos de luces, último y mezquino recuerdo de las torres que siglos antes eran elemento indispensable de todo gran palacio. En fin, las portadas que centran la fachada exterior y la que da al jardín están concebidas en orden toscano para no hacer concesiones a la decoración. Así triunfa decisivamente la sencillez en una obra fundamental para conocer la evolución de un arquitecto que había comenzado su carrera con creaciones de tan hondo barroquismo como la iglesia de San Marcos, de Madrid, donde rindió culto a la línea curva.»

Si el actual edificio fué una ampliación que llevó a cabo en un viejo palacio Ventura Rodríguez, la reforma fué tan ostensible, que el estilo del gran arquitecto imprime a toda la obra el gesto y elegancia que fueron norma de sus construcciones. Ponz y Llaguno así lo suponen, y hemos de creerles; pero también es cierto que Ventura Rodríguez hizo la traza y dirigió la obra realmente de lo que hoy puede considerarse de gran mérito y aprecio.

Circunstancias especiales de su matrimonio obligaron al infante don Luis de Borbón a construir este edificio, que si no cárcel, sí fué para él y los suyos lugar de su des-

tierra, que alternó con las temporadas que pasó en Arenas de San Pedro, en Cadalso, en Velada y en la villa de Chinchón. Boadilla, como más cercano a Madrid y a la Corte, a la que le estaba prohibido acercarse, determinaron su decisión de levantar un gran palacio y en él han quedado huellas de su paso.

Sabido es que el infante, contraviniendo la «Pragmática sobre matrimonios desiguales» que en 23 de marzo de 1776 dictó su hermano Carlos III, casó con doña Teresa de Villábriga y Rozas, sobrina del teniente general marqués de San Leonardo, caballero mayor de S. M. La boda tuvo lugar en Olías del Rey y en la capilla de los duques de Fernandina. Ya con anterioridad a esta boda y sin que mediara compromiso alguno entre don Luis y doña María Teresa, el infante escribió al monarca la siguiente carta:

«Señor: Motivos inspirados por la religión y la voz de mi conciencia, me impelen a dirigirme a V. M. suplicándole que tenga a bien concederme su Real licencia para mi enlace, y con júbilo entiendo que está V. M. dispuesto a darme su regio consentimiento. Mas como podría acontecer que algunas consideraciones poderosas u obstáculos difíciles de vencer se opusiesen a la realización de mis deseos, si pensase verificar mi enlace con persona de mi rango, pido formalmente licencia a V. M. para celebrar mi unión con persona desigual, si bien honrada e ilustre, conforme a la nueva pragmática y ley de 23 de marzo de este año.—Aranjuez, a 15 de abril de 1776.—El Infante Don Luis.»

No se hizo esperar la contestación del rey don Carlos y en verdad que el monarca se mostró un tanto cruel con su hermano, con la que habría de ser su mujer y los descendientes de ambos, pues ajustándose estrictamente a la pragmática se expidió nueve días después la Real licencia, terminando aquel documento dictatorial y autoritario con el párrafo que a continuación copiamos:

«La mujer del infante deberá residir en una provincia y no en Madrid, ni en los sitios reales; lo mismo sucederá con los hijos durante la vida de su padre. Cuando el infante don Luis, mi hermano, me manifieste deseos de ir a la Corte, esperará mi autorización real, pero no le habrán de acompañar ni su mujer ni sus hijos, que permanecerán en su residencia, no siendo decoroso que se presente en la Corte.—Aranjuez, a 24 de abril de 1776.»

La prohibición de la Real pragmática de no pisar la infanta Madrid ni los sitios reales cumpliéndose al pie de la letra. De este matrimonio nacieron tres hijos: Don Luis, más tarde arzobispo de Toledo, muerto en 1823; María Teresa, que casó ya muerto su padre con don Manuel Godoy, fué duquesa de la Alcuía y princesa de la Paz, y por sí condesa de Chinchón y de Cifuentes, y por último, María Luisa, que contrajo matrimonio con el duque de

San Fernando. Las dos hubieron de educarse en Toledo en el colegio de San Clemente.

Cuando casó María Teresa de Villabriga con el infante don Luis de Borbón, la hija del conde de Torrescoba, emparentada con los duques de Berwick y con la rama de los Estuardos por su abuela la condesa Drumont de Melfort, tenía a la sazón diecisiete años (1776) y era, según se dijo, de graciosa belleza, atractivo al que unía su juventud, bien lejos de la edad del infante, que pasaba de los cuarenta y nueve años de edad.

La dictadura de don Manuel Godoy, duque de Alcudía y príncipe de la Paz —dice un cronista o historiador de la época—, se siente palpar en ese rincón cercano a Madrid, donde aquel hombre pudo, borrando la autoridad de una ley de familia, restituir su apellido a los nietos de un rey y con el influjo de su «mano izquierda» colgar el escudo de España en la fachada monumental del palacio de Boadilla.

Triste historia la de toda esta familia. La ola sangrienta de la guerra de la Independencia subió hasta los salones de Boadilla y la mayor parte de ella fué barrida por el vendaval hacia Nápoles, último refugio de los Borbones en la tormenta: la tragedia de principios del siglo cobra allí, en las paredes y recintos, acción y movimiento.

Todo el interior de este histórico palacio tiene su encanto, pero el visitante que trasponga el gran fortín de entrada deberá dirigirse a la capilla: «Sorprende en ella —acudimos de nuevo a nuestro ilustre compañero de Instituto señor Pita Andrade— la riqueza de su decoración, que explica la presencia del orden corintio. Los arcos, las pechinas, las cornisas, las bóvedas y los óculos aparecen ornamentados con guirnaldas, ángeles que parecen amorcillos, ovas, casetones, flores... componiendo un conjunto bien organizado y de gran efecto pese a lo reducido de sus proporciones». Al lado de la capilla y adosados al muro pueden contemplarse los sepulcros de las dos hijas del infante. El de doña María Luisa de Borbón y Villabriga y el de su esposo don Joaquín Melgarejo y Abalos, duque de San Fernando de Quiroga, es obra de Antonio Solá. Sobre un sarcófago estrigilado aparece sentada la duquesa de San Fernando, abrazando el busto de su esposo. A ambos lados de la hornacina los escudos de ambos. Más sencillo de arquitectura, pero más rico en mármoles, es el enterramiento de la condesa de Chinchón. Una bella composición escultórica, obra de Valeriano Salvatierra, se alza sobre la urna cineraria de este reducido monumento sepulcral. Una columna sostiene el busto en perfil de la condesa, mientras un joven medio arrodillado rodea con el brazo izquierdo la columna, en cuya mano lleva una corona, mientras con la derecha apaga, caída, la antorcha de la vida: será una representación de Tánatos, la muerte. Al fondo, las líneas expresivas de una

pirámide truncada. En la lápida de mármol rojo que figura a lo largo de la urna reza esta mortuoria inscripción:

D. O. M. S.

Mariae. Teresiae. Borbonidi. Comitissae. Chinchonensi Ludovici. Hispaniarum. Infantes. Filiae

Annor XLVIII

Vita Functae. Parisiis. VIII. Kal. Decembr.

Ann. MDCCCXXVIII

Carolina. Ludovica. Camilli. Principis. Ruspoli. Uxor.

Matri. Pientissimae. Lucens. Posuit

Ave. Sancta. Anima

El epitafio no hace mención ninguna del nombre de su esposo don Manuel Godoy, el favorito príncipe de la Paz. «El nombre del marido, comentará más tarde un historiador, se ha omitido en la inscripción funeraria; aquel título de duquesa de la Alcudía, y princesa de la Paz, que con tanto orgullo se lució en los días de la juventud, se calla por no desagradar al rey Fernando VII, y en tanto don Manuel Godoy, pobre de solemnidad, vivía agonizante en la buhardilla de una casa de vecindad en París. El epílogo de la tragedia estalla en la vergüenza que la esposa tiene de declararle a la posteridad el nombre de su esposo. El orgullo amalgama las castas, pero no las funde; la filosofía de toda esta historia se cifró en aquel epitafio. ¿Pero en realidad tuvo ella la culpa de la leyenda nominativa esculpida en la lápida de su enterramiento una vez muerta? Píadosamente entendemos que no. Sería una gran deslealtad para el que tanto hizo por restituir a los hijos de Felipe V e Isabel de Farnesio las lises de los Borbones y los honores y distinciones a sus nietos.

En aquel palacio de amplios salones y magníficos dormitorios, donde el infante don Luis pasó no pocas horas de angustia y pesadumbre en su obligado retiro o destierro, escenario más tarde de brillantes fiestas y cacerías, donde el favorito que regía los destinos del país lució en las libreas de sus criados las armas de España, los cuadros del inmortal Goya debieron lucir con extraordinario empaque. ¡Qué bella pintura la del retrato de la condesa de Chinchón que colgó en aquellos muros! ¡Qué bellos también en aquel entonces los jardines con sus artísticas fuentes, por los que pasearía su tristeza el infante don Luis y doña María Teresa, también retratados por Goya, en una escena de familia, en el tocador de la Villabriga, mientras el peluquero la hace el tocado! Todo es bello y evocador en este palacio de Boadilla del Monte, donde la historia de varias vidas parece escrita en la antigüedad de sus muros.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



HACE ya algunos años se creó en Madrid y otras provincias la llamada «Fiesta del Arbol». En ella, niñas y niños de nuestras escuelas nacionales plantaban unos pequeños arbolitos en embrión, con la brillante asistencia de las autoridades locales y unos cuantos curiosos. Después de aquel momento, el arbolito, con tanta solemnidad plantado, quedaba relegado al olvido y moría por falta de riegos y cuidados. Podríamos llamar al árbol el primer amigo del hombre, pues bajo su sombra gratuita y protectora encuentra el caminante, el turista y el mendigo acogedor refugio durante las horas solares. El árbol representa, además, un elemento decorativo sobre la estilizada acuarela del paisaje. Lo mismo que entre los seres humanos, hay árboles tristes, arterioscleróticos, de muñones retorcidos, pasto de hormigas y alimañas, incapaces de ofrecer a la naturaleza las puntiagudas lanzas de sus hojas. Y los hay fragantes, vigorosos, con la energía suficiente para resistir el ímpetu de los vendavales y servir de limpio nido a los inquietos pajarillos. Los hay, también, pequeños y obesos como gnomos de leyenda, que parecen despeñarse hacia el fondo de los abismos serranos. Bajo el regazo de un árbol mejicano, que tal vez atesoró los huevos del quetzal, Hernán Cortés lloró lágrimas de intenso desaliento la víspera de la famosa batalla de Otumba. A un árbol añoso y milenario, perdido en la inmensidad de las tierras españolas, pero siempre cara a la Historia, fueron amarradas las hijas del Cid después de ser villanamente ultrajadas por los infantes de Carrión. Y al pie de un árbol de nuestro madrileñísimo Retiro fué abandonado sobre la arena el primoroso pañuelito de encaje por la reina Isabel de Borbón, esposa de Felipe IV, después de un sabroso galanteo con el enamorado conde de Villamediana.

Hoy, al cabo de unos cuantos lustros, la afición al árbol ha renacido con loable pujanza. Solamente en diez años, de 1940 a 1950, España cubrió de bosques unas trescientas mil hectáreas de terreno, mientras otros pueblos de Europa, con más posibilidades económicas que nosotros, en el mismo período de tiempo no consiguieron más que una quinta o sexta parte de esta cantidad. Y en los pueblos de la provincia de Madrid se trabaja activamente a través de nuestros cotos forestales por la dignificación y amor al árbol. Y unido a éste va, como es natural, la reivindicación del campo español, tan vario y tan atractivo. Cuando desde la ventanilla del coche o desde la lince de la carretera contemplamos con curiosidad de forasteros el trabajo de los hombres que tienen a su cargo el noble y duro oficio de la agricultura, no podemos evitar que el corazón se extasie ante su labor sencilla y abnegada, que tiene mucho de sacrificio y heroísmo. Se dice con mucha razón «que el labrador se pasa la vida mirando al cielo», y esto es rigurosamente exacto. Del cielo nos viene la lluvia bienhechora que ha de fecundar campos y árboles, o, también, el temido pedrisco que destruya las ópimas cosechas, acarreado de paso la ruina del labriego y, por contera, la falta o escasez de pan en nuestras ciudades.

Pero no solamente el campo se compone de olmos, cipreses, pinos y otras variedades de árboles, más o menos corpulentos, ni de arroyuelos procedentes de las altas montañas, ni cumbres nevadas bajo el claro azul de los cielos, porque como contrapunto a estos dones de la naturaleza, aparecen, como distribuidos por la mano de Dios, pueblos y aldeas, lugarejos y villorrios. Por esto se explica que en los pueblos que comprenden el perímetro provincial, esta variedad de paisajes se haga más patente. ¡Qué maravilloso contraste entre un Guadarrama majestuoso y poético y un Escorial rígido y austero! Porque también los pueblos que nos rodean poseen una rancia solera histórica, legada por los nobles que tuvieron en ellos su cuna y sus haciendas. El Escorial, por ejemplo, nos habla de la severa figura de Felipe II, magnífico mo-



NUESTRO AMIGO EL ARBOL

narca que aunó la historia con la piedra; Alcalá de Henares, nos hace evocar la grandeza cristiana y caballerosa del Cardenal Cisneros, con genio de gobernante y batallador; Aranjuez diluye por el resto de nuestra geografía el perfume de sus famosos jardines y es acicalado y galante como una damisela de Versalles, y, Pinto, prisión de la revoltosa princesa de Eboli, que con el hechizo del único ojo de su cara —era tuerta y hermosa— encendió en el corazón de los hombres de su época las más violentas pasiones.

Tal vez las bellezas que nos rodean no son muy conocidas de muchos madrileños. Para combatir esta injustificada desgana por los atractivos de nuestros pueblos limítrofes, la Diputación Provincial de Madrid ha emprendido, desde hace unos años, una loable campaña turística y literaria haciendo resaltar los valores de los mismos. Y el hombre curioso aprende a través de ellas que Móstoles, por ejemplo, se alistó en las páginas de la inmortalidad gracias a su alcalde, don Andrés Torrejón, que tuvo el gesto sublime y gallardo de declarar la guerra al mismísimo Napoleón en las gloriosas jornadas de 1808; que en el lugar de Torrelaguna nació una doncella de tan piadosas virtudes que mereció el honor de ser la esposa de San Isidro Labrador, Patrón de Madrid; que en la Sierra del Guadarrama, salvando riscos y peñas, y componiendo breves y sabrosas «serranillas», tocado con su atuendo de gran señor de las letras y de la aristocracia castellanas, acuciado por sus aficiones trovadorescas, el linajudo marqués de Santillana dedicó su mejor composición poética a la moza arisca y serrana que le cautivó con su hermosura...

Por estas fechas, repetimos, se hace actual la estampa del árbol y del viejo labrador tostado por el sol y cansino de andares, que en mangas de camisa y con el hatillo o el azadón al hombro, retorna al humilde hogar después de una intensa jornada de trabajo. Y también sube al primer plano de la actualidad la reseca llanura castellana que el hombre trata de fertilizar con el precioso líquido de los pantanos. Y entre crujir de tractores, cánticos campesinos y vientos de paz, los pueblos madrileños brindan al turista lo mejor de sus productos. ¡Con qué noble orgullo ofrece el referido Aranjuez sus fresas y sus jardines, que Santiago Rusiñol, el pintor dramaturgo, acabó de inmortalizar en la blanca tersura de sus lienzos! ¡Y quién olvida los ricos zumos de Arganda y de Chinchón, tan gratos y castizos al paladar, que resisten con admirable pujanza las más duras competiciones! ¡Y quién no recuerda las exquisitas rosquillas de Fuenlabrada y las sabrosas almendras de Alcalá! Loado sea Dios que nos concedió el honroso privilegio de poder ir amontonando en torno nuestro tantas y tan peregrinas excelencias. «A tal señor, tal honor», dice un conocido aforismo castellano; y, Madrid, eje de la historia española, sultán de sultanes, «castillo famoso» y mentidero de anécdotas y picardías, no podía carecer de tan serviciales vasallos, que con graciosa dignidad llegan hasta las gradas de su trono para ofrecerle el rico presente de sus frutos y la efusiva eclosión de su cariño. Y Madrid, agradecido, ha encasillado en su escudo un madroño de leyenda sobre el color heráldico de su fondo.

EMILIO REVERTER ALONSO